

“Del medio-decir al miedo-a-decir”

*Dr. Walter M. Laborde**

Dedico este trabajo a los jóvenes que están llevando a cabo su formación psicoanalítica, así como a aquellos que están pensando en iniciarla.

Es dable observar que cuando presentamos alguna comunicación, a congresos o revistas, solemos encabezarla con alguna cita o epígrafe. Sin duda que para todo autor esa cita elegida, tendrá un significado apropiado al tema que va a desarrollar, y por tanto no dudará en transcribirla.

No obstante, tal vez, la cita cumpla con otro objetivo no totalmente consciente, como podría ser el de calmar la ansiedad por lo que intentará decir; algo así como un respaldo o un seguro que contrarreste vivencias de tipo persecutorio, y que en este trabajo denomino el miedo-a-decir.

La acción de enunciar, que muchas veces es denunciar no está exenta de riesgos, como me lo advirtió un sueño, que relataré más adelante, y que creo motivado, entre otras cosas, por las ansiedades que se dieron en mí, cuando escribía este trabajo. Tampoco he podido prescindir de la cita reaseguradora, nada más que no aparecerá como epígrafe, sino entretejida con las ideas generales que sustentan las reflexiones que abreviadamente trataré de exponer.

Intentaré desafiar el miedo-a decir eligiendo una senda poco transitada, plagada de piedras sueltas (cabos sueltos) y hoyos profundos (dudas). Me anima a la aventura el calzado que voy a usar para la travesía, o sea el de haber vivido experiencias tales como: haber pasado por tres institutos de formación psicoanalítica, otros tantos durante la formación médica y psiquiátrica, y por una escuela política para la formación de cuadros militantes. Por citar sólo los más relevantes.

* Psiquiatría y psicoanalista uruguayo radicado en la ciudad de México.

Hoy, mirando retrospectivamente, en todos los casos veo que fue usado “el lecho de hierro” del mito de Procusto, fui recortado o estirado, según el caso, y para colmo con mi anuencia.

Del mismo modo, como milenios atrás, los jóvenes griegos que deseaban formarse como guerreros, políticos o figuras destacadas, debían someterse a las prácticas de pederastia con sus preceptores.

Trataré de ilustrar lo antedicho con dos anécdotas propias. En épocas que llevaba a cabo mi formación psicoanalítica oficial, uno de los requisitos curriculares era que la supervisión se efectuara con el material obtenido con un paciente que hubiera contratado un análisis con un mínimo de cuatro sesiones semanales; tal era la exigencia de la IPA (International Psychoanalytic Association).

Como en ese momento el paciente que yo tenía, sólo había contratado tres sesiones y ni yo ni mi supervisor deseábamos que mi formación se retrasara, él me aceptó con el compromiso de regularizarme en el menor tiempo posible, puesto que él también debía estar en regla con el Instituto de Enseñanza. Sin embargo quedó medio-dicho, que el compromiso sería muy difícil de cumplir, por cuanto el paciente tenía una jornada laboral extensa y los salarios habían sido recientemente congelados por el gobierno.

Este análisis se interrumpió por mi exilio. Cuando regresé, nueve años después, y ya las capas medias, de donde provienen la mayor parte de nuestros pacientes, sufrían aún más el empobrecimiento impuesto por la política económica neoliberal, me enteré que ahora el requisito institucional había descendido de cuatro a tres sesiones y aquellos candidatos que llevaban a cabo análisis con tres sesiones semanales, hasta presumían de ello.

Entonces, retrospectivamente, reconstruí la historia, o dicho de otro modo, completé lo medio-dicho:

- Que la IPA había tenido que trazar con sus filiales pobres de América Latina.
- Que mi supervisor y el Instituto de Enseñanza habían aceptado la irregularidad porque aquel estaba formándose como Analista Didacta y tenía que tener supervisandos que dieran crédito de su actividad docente.
- Que siendo la crisis económica insoslayable, lo que había sido pecado ya no lo era. El futuro aclaró el pasado o lo no dicho se hizo evidente.

Otra anécdota: en los albores de los años setenta llevaba varios años de análisis terapéutico y deseaba comenzar a formarme como analista. Inquirí a un gran amigo, que iba más adelante en la formación, que me explicara que era eso de "pasar a análisis didáctico", ya que mi analista en actitud totalmente ortodoxa sólo emitía señales ambiguas, como los semáforos cuando están guiñando en señal de preventiva (rojo, amarillo, rojo...).

Mi amigo me respondió paternal y ortodoxamente que mi demanda estaba en los límites del acting-out y que él no podía responder a algo que era material preferente para mi análisis.

El secreto continuó torturándome varios meses hasta el feliz día en que se pone a la venta la primera edición en español del Diccionario de Psicoanálisis de Laplanche y Pontalis.

Lí entonces con avidez la parte en que definen el análisis didáctico y satisfice a mis anchas mis tendencias escopofílicas, ahora sin sentir culpa.

Pudiera pensarse que mis ejemplos sobre el miedo-a-decir son muy pedestres, en defensa de lo cual diré, apelando a la benevolencia del lector, que lo tome como simples metáforas de un "analista descalzo".

Descalzo, porque desde algunos años he decidido no ser miembro formal de ninguna institución psicoanalítica e intervenir en ellas como analista, maestro invitado o supervisor, pero sin actuar en tareas de organización o dirección.

Este lugar me satisface y me permite llevar a cabo las tareas mencionadas con un sentimiento de libertad de cátedra, que antes cuando actuaba institucionalizado, nunca había podido llegar a sentir.

Una noche antes de terminar de escribir este trabajo me dormí preocupado. Temía que los ejemplos antedichos provocaran rechazo y que las consideraciones que hacía sobre el medio-decir y el miedo-a-decir pudieran tomarse como provenientes de mis núcleos paranoides y como consecuencia causaran de entrada una descalificación de lo que intentaría comunicar.

Hasta aquí lo que creo el estímulo o resto diurno que ocasionó el siguiente sueño:

"... estoy con el brazo derecho junto al muslo del mismo lado y cuando intento moverlo me percató que algo lo inmoviliza, o que no debo usarlo porque tengo colocado un "by-pass", que me une ambos miembros. Me

lo habían colocado para mejorar la irrigación de algún órgano vital y prolongarme la vida...”

Sueño sobredeterminado y con un trabajo de condensación enorme, del que voy a tomar un solo punto de la red para de allí tratar de desenredar un hilo de las docenas que fueron entretejidos en un sólo pasaje de la lanzadera.

Algunas ideas latentes

En el borrador de esta ponencia quería reivindicar el trabajo de uno de los cuatro obreros del sueño, de los que habló Freud. Quería rescatar a la multideterminación, que junto con el cuidado de la representabilidad, son ayudantes de los maestros de oficio: el desplazamiento y la condensación.

“El oficio se roba mirando” me dijo un carpintero, cuando yo niño, observaba como trabajaba magistralmente la madera.

Más adelante, en la adolescencia, y cuando mi interés era la mecánica, adoraba los talleres pequeños donde el cliente podía ver lo que le hacían a su auto y odiaba a los talleres grandes donde infaltablemente me topaba con el consabido cartel: “Prohibida la entrada a toda persona ajena al personal”, o aquel otro: “No se prestan herramientas”:

¿Por qué, siendo médico, coloco el by-pass en lugar tan absurdo? Nada de absurdo. Deseo buena irrigación en el miembro, de la pluma y en la mano, para escribir esta comunicación sin meter la pata.

Temo equivocarme, al fin y al cabo el pase (pass) me lo di yo mismo en buena medida. De los tres institutos de enseñanza psicoanalítica por los que pasé, del primero me fui antes de terminar la formación, cuando me exilié; del segundo no quise volver después de recibir mi diploma y del tercero (en el que me sentí más libre que en los dos anteriores) era un instituto, en esas épocas, muy libertario y quizá para mi superyo muy libertino.

- ¿Me sentiré psicoanalista libertino porque actualmente no estoy afiliado formalmente a ninguna institución psicoanalítica?
- ¿Cuánto me cuesta esta libertad? ¿Cuántos pacientes recibo vía derivación (“by pass”) de colegas institucionalizados?

Porque aún no he dicho lo que quiero decir. Tengo miedo-a-decir.

—El lecho de hierro de Procusto está internalizado. Mi mano y por ende mi escritura está atada junto a mi pierna, igual que en la niñez cuando me ataron, aún despierto, a la mesa de operaciones para extirparme el apéndice.

Los institutos de formación psicoanalítica y en general las instituciones psicoanalíticas y otras "operan extirpando apéndices u órganos que no sirven". Léase singularidades de los alumnos.

En varias supervisiones extrainstitucionales he podido observar el sufrimiento del candidato ante la coerción a la que se siente, y es sometido. Digamos mejor, que cuando el supervisado pierde parte del miedo-a-decir comunica al supervisor este tipo de restricciones institucionales. Sí el supervisor no pertenece a la institución, probablemente el binomio supervisando-supervisor puedan pasar de una situación esquizo-afásica a la recuperación de la palabra.

¿Pero qué otros motivos determinarán esta persecución, esta regresión a mecanismos de tipo esquizo-paranoides?

Una idea acude en mi ayuda: la costumbre de convidar con café al supervisando durante la hora de supervisión y que parece que viene de los albores del psicoanálisis cuando esta tarea se llevaba a cabo en los cafés de Viena.

¿Qué mensaje llevará implícito este elemento del encuadre? ¿Aplacamiento de la persecución del supervisando?

Entonces, volviendo al sueño, juguemos con las palabras del idioma inglés, en lugar de *by* digamos *but* "quiero ser analista" demanda el supervisando, y el supervisor parece responder: "yes, but... para ello necesitas experimentar primero un juego preliminar que yo te voy a enseñar..."

Esta *violencia institucionalizada velada*, como dicen B. Orozco y J. Perrés en nuestro medio, es violencia que se transmite de generación en generación, violencia que estalla y divide en algún momento a todas las instituciones psicoanalíticas; violencia y sadomasoquismo inherente a la condición del ser humano.

Violencia del inconsciente de cualquiera de nosotros y que proviene de etapas tempranas, preedípicas como lo enseñó Freud en "Pulsiones y destinos de pulsión". Aquellos pares antitéticos que como el voyerismo-exhibicionismo gobiernan nuestra vida pulsional de perversos polimorfos, antes de la represión del período edípico.

Tendencias inmortales que ni el mejor análisis del supervisor garantizará su no resurgimiento en situaciones oportunas como es la supervisión. Allí se dan las condiciones para que el par sadomasoquista, o sometedor-sometido, escenifique en privado el juego de la pulsión de dominio. “No importa que hoy esté en este lugar, sentirá el supervisando, mañana seré yo quien esté arriba y les haré sentir a mis efebos quien soy”.

Sin embargo toda esta fantasmagoría es inútil. De nada me servirá el by pass. Por más que le inyecte más energía a mi miembro pederasta, incluso por más sangre que le de a mi cerebro o a mi corazón para llevar a cabo mi tarea pedagógica, seguirá siendo ésta una de las tres profesiones imposibles, como escribió Freud.

Quizás por eso le gustaba repetir en sus conferencias la cita de Goethe, en el Fausto: “lo mejor que sabéis no os aventuráis a revelarlo a vuestros discípulos”.

Desilusión de la idea omnipotente de la existencia del lugar del supuesto saber; incompletud siempre; hacer lo que se puede y cuando se puede; renuncia a las tendencias falologocentristas, última moda del psicoanálisis y reconciliación con la pasión y el amor por la verdad, hasta donde nos sea posible.

Si la supervisión es concebida como un proceso, tal como lo aceptamos para el análisis, y si existen momentos privilegiados, (instituyentes) para lograr un auténtico insight, uno de estos momentos serían los del pasaje de lo dicho a medias, a un decir sincero, tanto del lugar del supervisando como el del supervisor.

Tanto el mito de Procusto, donde se recorta obsesivamente al individuo, como en la cita de Goethe que alude al misterio que debe ser preservado, parece encontrarse encerrado un afán que la humanidad ha buscado siempre: la perfección y la completud.

La formación o pasaje por un instituto de formación psicoanalítica no debe ser ilusionado como el equivalente de encontrar y beber del *grial*; por lo que sería saludable que el supervisando evite la tentación de tomar el sendero que pasa por las proximidades de la guarida de Procusto, porque el sacrificio no vale la pena; y que el supervisor renuncie a un tipo de medio-decir que conlleva muchas veces a que el candidato fantasee con la probabilidad de encontrar el vaso sagrado y beber de él sentado en el “Parnaso”.

Bibliografía

- Grimal P., *Diccionario de la Mitología Griega y Romana*, Edit. Labor, Barcelona, 1965.
Laplanche y Pontalis, *Diccionario de Psicoanálisis*, Edit. Labor, Barcelona.
Orozco B. y Perrés J., *De los Personajes en Busca de Autor - ización*, IV Congreso Nacional de A.M.P.A.G., León, Gto., mayo 1991.
Freud, S., *Obras Completas, La interpretación de los Sueños*, Edit. Amorrortu, Buenos Aires, 1979.
Freud, S., *Obras Completas, Pulsiones y Destino de Pulsión*, Edit. Amorrortu, Buenos Aires, 1979.